

1890 - TRES FLORECILLAS A LA VIRGEN MARÍA DE MONTSERRAT

He ahí a tu Madre. (Jesús de María)
Venid a Mí. (María de Jesús)
Muestra que eres Madre. (Sus hijas a María)

A MARÍA DE MONTSERRAT

Os busqué solo en mi mocedad. No os conocía; mas oí hablar de Vos, percibí el olor de esta Rosa celestial, y dejé el mundo, padres y parientes, corriendo al olor de vuestras virtudes, postrándome a vuestros pies. Nadie sabía darme razón de Vos... Solo, y por caminos difíciles, llegué a vuestros pies. ¡Cuán cansado del mundo! ¡Con cuántas heridas! ¡Cuántos desengaños en el corazón! A vuestros pies hallé la paz perdida... ¡Bendita Reina de las gracias! A las gradas de vuestro trono sentí revivir en mi pecho recuerdos dulcísimos de mi cristiana madre, que en el cielo sin duda forma vuestra corte y cortejo. ¡Era tan buena! ¡Dábame tan santos consejos! Nunca los olvidaré. Cabe el trono de vuestras misericordias desperté como de un sueño profundo... Creí, deseé y amé lo que nunca debía haber olvidado. El recuerdo de la Madre del Cielo despertó en mí el recuerdo de la madre de la tierra, sus ruegos, sus consejos santos, sus buenos ejemplos... Hallé mi vocación. Vos me guiasteis sin que yo recuerde cómo. Estrella de los mares, Estrella de la mañana, de Cataluña, brillasteis a mis ojos, seguí su luz, y al mostrarme a Jesús, fruto bendito de vuestro vientre, al verle tan agraciado y hermoso dije: "Seré siempre de Jesús, su ministro, su apóstol, su misionero de paz y de amor". A vuestras plantas, ante vuestro altar resolví ser ministro de Jesús, sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec, y en vuestro altar celebré la primera Misa, el día del Rosario, trece años después; mas no solo: rodeado de mi padre y hermanos y tíos y amigos queridos. Sólo un vacío notaba: la presencia visible, corporal, de mi buena madre de este mundo. Pero, ¿qué importa? Estaba allí presente su espíritu, alentaba en medio de tan espléndida función. Al entreabrirse los cielos para bajar por primera vez a mis manos el Hijo de María, asomáronse por sus puertas mis buenas madres, María Inmaculada, Madre de Dios, y Miguela, mi madre de la tierra. Y se gozaron con este nuevo y divino espectáculo. Razón tenían. A ellas se debía. Les dí gracias y siempre he conservado en mi corazón tan dulce recuerdo. ¡Benditas Madres mías, María y Micaela!. Todo lo debo a vosotras después de Dios. Pasaron cinco años y no vine solo: otras hijas criadas a la sombra de Teresa de Jesús subieron esta montaña. Mas ¡Ay! ¡Cuán pocas en número eran, y seis años después... a miles se contaban! En vuestro milenario más de mil se postraron a vuestros pies en piadosa romería. En el tercer centenario de la Santa de nuestro corazón, Teresa de Jesús, miles subieron, oh Princesa de Montserrat, a visitaros a pie. Miradlas cuán cansadas! ¡Son vuestras hijas, oh María! No os olvidéis de ellas: miradlas con amor, que vuestra mirada les infundirá aliento... ¡Ya llegan! ¡Qué entusiasmo!... Un prelado de la Iglesia las preside. La imagen encantadora de Santa Teresa de Jesús las acompaña. El estandarte de sus glorias las guía... Más de mil jóvenes os aclaman por Reina y Madre con Teresa de Jesús. Nunca se ha visto en estos tiempos romería igual. Hubo certamen literario, y músicas, y júbilo y algazara santa. ¡Cuánto gozó nuestro corazón! Os consagramos vuestra Compañía, que Vos inspirasteis. A vuestro trono se postraron vuestras Hijas y se pusieron bajo vuestra protección de la Virgen de Montserrat, las que más tarde habían de fijar su morada principal a la sombra de la Virgen de la Bonanova. También a vuestro trono se acercaron, vuestra montaña subieron, bajo de vuestro manto se cobijaron las almas esforzadas, vuestras Hijas, ¿no las conocéis? Antes de surcarlos mares e ir aa anunciar la buena nueva en África y América. Allí están trabajando, y desde allí vuelven su mirada hacia Vos; y al invocaros, y al recordar a la Perla de Cataluña, la Moreneta de Montserrat, en su alma renacen el consuelo, la confianza, el aliento y la paz. Otras irán por todo el mundo, otras reforzarán sus filas y llenarán los vacíos que la muerte deje en sus huestes, y subirán a postrarse a vuestras plantas y a pedir os la bendición, oh Reina de Montserrat. Bendecidlas y guardadlas bajo vuestro manto maternal, como a la niña de vuestros ojos; tened siempre vueltos sobre ellas vuestros ojos misericordiosos, preservadlas de todo mal, y después de este destierro mostradles todo el Bien que es vuestro Hijo Jesús, fruto bendito de vuestro vientre. Mas al subir vuestra montaña, oh Madre mía, al visitaros tantas veces, al respirar el divino amor que esparcís desde ese excelso trono donde florecéis mejor que la Rosa de Jericó, he

olido, he aspirado el aroma de otras florecillas que florecen en vuestra montaña, que es vuestro jardín más precioso. He hallado, al aspirar su perfume todo celestial y divino, especialísimo confortamiento, y quisiera, este es mi deseo, que otros hermanos participen de esta dicha aspirando también su fragancia. Estas Florecillas son las que he recogido y os las presento en este pequeño ramillete, pobre cual es, para que si al pasa a mis manos, al tocar tan divinas flores las he marchitado algo, o quitado su celestial y purísimo aroma, lo supláis Vos con vuestra divina gracia, celestial Jardinera, pues vuestras son y de vuestro jardín. Cultivadas por Vos, aspiradas por Vos, icuánto goza recibirá mi alma si en cambio me dais otras que florezcan siempre en ella, y sea siempre paraíso de delicias de mi Criador y vuestro Criador! A vuestros pies las deposito. A ceptadlas, bendecidlas y dadles tan confortante esencia y olor que cuantos las aspiren se vean trocados y bajen de vuestra montaña mejores que no subieron, y esparzan por donde pasen el olor celestial que Vos les habréis comunicado, y muevan a otros corazones a subir al monte de mi Amado a aspirar su perfume, mientras expira el día y se inclinan las sombras,, según la Esposa Santa. Florezcan a vuestra sombra todas las virtudes en vuestra España y en todo el mundo, pero en especial en vuestra Cataluña, pues sois su Patrona especialísima, principal. Florezcan a vuestra sombra y en vuestra Casa los hijos de Benito, y sean plantel de nuevos apóstoles vuestra casa y vuestra montaña. Florezcan vuestros niños (escolanes), vuestros pajes que le prestan nueva vida, encanto y lozanía como tiernas y delicadas flores que se abren al calor de vuestro regazo maternal y cantan siempre vuestras alabanzas formando coro con los Ángeles. Florezca el collado mustio, por haberle quitado las ermitas, y veamos antes de morir poblado por ángeles de la tierra este trozo de paraíso, que fue para Vos desde el cielo. Florezcan, por fin, por Vos estas florecillas, y concededme la gracia de que pueda ofreceros un manojito más regalado, cuando no sea tanta nuestra pobreza espiritual y temporal. Lejos esté de este lugar santo Satanás, sus satélites, su espíritu infernal, que quisieran quitar a vuestra montaña el carácter religioso para convertirla en lugar de pasatiempos, y pecados, y mundanales ruidos; que no contentos de vivir siempre con ellos allá en el mundo, quisieran transportarlos a vuestra apacible soledad y quitarle el encanto religioso, el espíritu puro, espiritual regocijo y descanso de las almas heridas. Pueda yo por fin celebrar en vuestra Casa las bodas de oro. Vos podéis hacerlo, ¿lo haréis?. Así lo confío, Madre mía de mi alma. Esot son los botos del menor de vuestros hijos y más ruin de todos vuestros devotos al depositar sobre vuestra ara santa y vuestro trono de gracia y recibir vuestra bendición con estas Florecillas de vuestra santa mano. Enrique de Ossó, Pbro. Montserrat, día de San José, 19 de marzo 1890

¿QUIÉN ES MARÍA? *Pensamientos*

1. Tres paraísos ha criado Dios: uno para el hombre en estado de inocencia, paraíso terrenal; otro para el hombre en gracia, paraíso del cielo, y otro para sí mismo, María, paraíso de Dios.

2. María es Madre de Dios, porque de ella nació Jesús, Hijo de Dios.

3. María tiene una dignidad infinita por ser Madre de Dios.

4. Nada hay igual a María: sólo Dios le es superior, y todo lo que no es Dios le es inferior

5. Jesús le dijo a María desde la cruz, señalándole a san Juan: " He aquí a tu Madre".

6. Luego la Madre de Dios es mi Madre. ¡Habría felicidad igual!

7. María es llena de gracia, Madre de Misericordia. Luego sus hijos, los más pobrecitos y necesitados, hemos de participar más que todos de su gracia y misericordia. ¿Y quién más necesitado que el pecador?.

8. ¡Oh María! Tú eres vida, dulzura y esperanza mía. Bendita seas. A Ti clamamos, a Ti suspiramos, Madre mía de mi alma.

9. Esos tus ojos tan misericordiosos vuévelos a nosotros, Madre de mi corazón.

10. ¡Oh clemente. Oh piadosa, oh dulce Virgen María! Tú eres la vida y esperanza mía.

11. Imposible es que se condene el que te invoca, ¡oh María, refugio de pecadores!

12. La devoción a María es señal cierta de predestinación. Amemos, pues a María, invoquemos a María, honremos y obsequemos a María Madre de Dios y Madre de mi alma, Madre mía de mi corazón.

13. El demonio, para rendir las almas, les corta, como Holofernes a Betulia, el canal de las gracias, que es la devoción a María.

14. Dios no concede gracia alguna a los mortales sin hacerla pasar por las manos de María: (San Bernardo)

15. La mejor y más agradable devoción a la Virgen María es aquella que practicamos con perseverancia. (San Juan Berchmans)

16. María es la respiración del alma. Invocarla a menudo es señal de vida.

17. Desde los apóstoles todos los Santos han sido devotos de María, y sobre todo de Jesucristo, Hijo de Dios.

18. Si quieres ir al cielo, no te olvides que María es la puerta.

19. Nadie invocó a María que no haya sido favorecido. De María recibe el cautivo redención, curación el enfermo, consuelo el afligido, el pecador perdón, el justo gracia, el Ángel alegría. (San Bernardo)

20. No tendrá a Dios por Padre, ni a Jesucristo por hermano, el que no tuviere a María por Madre. (San Francisco de Sales)

21. España es el patrimonio de María, la hija primogénita de su Concepción. (Pío IX)

22. La devoción a María es uno de los principales distintivos del carácter religioso de nuestro pueblo español.

23. María destruyó todas las herejías en el universo mundo. (La Santa Iglesia)

24. Todo lo tenemos en María. Si somos hijos, es Madre: si débiles, es fuerte; si ignorantes, es rrono de sabiduría; si tristes, es causa de nuestra alegría; si necesitados, es Madre de la gracia. (Santa Francisca Chantal)

25. Recurrámos a María y como hijuelos suyos echémonos en su regazo en todo tiempo y necesidad con firmísima confianza: invoquémosla, honrémosla, imitémosla, y tengamos para tan dulce Madre un afecto verdaderamente filial. (San Francisco de Sales).

EJERCICIOS EN OBSEQUIO DE MARÍA

Oración preparatoria para todos los días.

A tus plantas me postro, Virgen de Montserrat, para pedirte tu bendición maternal.

Mírame propicia, desde ese excelso trono de gloria, de gracia y de misericordia, y apiádate de mi pobre alma. Fatigado vengo del mundo y deseo descansar a tus pies, en tu casa, a las gradas de tu excelso trono. Huyo de la barahunda del siglo corrompido y corruptor, y te ruego que me admitas en tu regazo, oh María Madre mía, y me cures con tu benéfica mano porque eres piadosa, las llagas y heridas que un mundo pérfido abrió en mi pobre corazón.

Tú eres la Perla de Cataluña, y escogiste con preferencia a todos los montes, a Montserrat, aislado, alto, esbelto, fecundo, aromático y único en la creación, para prodigar aquí tus gracias, sin distinción de naciones, edades, sexos y condiciones, como lo atestiguan infinidad de hijos tuyos por espacio de más de diez siglos, alcánzame las gracias que necesito para la salvación de mi alma y necesidades de mi cuerpo, a cuyo fin te dedico estos tres días consagrados a aspirar una de las flores más preciosas del jardín de tu corazón. Acéptalas, oh María, y haz que descienda yo de tu monte lleno de gracias y bendiciones del cielo, que me hagan buen olor de tu Hijo Jesús y tuyo en todas partes por mis virtudes, y conozcan todos que esta gracia se alcanza en tu monte santo y por el contacto con tu fragantísima imagen.

Reconozcan todos, oh gran Señora, que he estado cerca de Vos y he aspirado de cerca las flores olorosas de vuestro celestial jardín, así como se conoce por el olor que respira el que ha estado al lado de la rosa .

Y mueve esta gracia y fragancia celestial a otros corazones a visitaros en este monte santo y a recibir vuestras gracias, sobre todas la de la perseverancia final en el divino amor.

Ya que estáis de gracia, os pido, además, Madre mía de mi alma, Madre de misericordia, la conversión de todos los pecadores, la perseverancia de todos los justos y la libertad de todas las almas del Purgatorio, a fin de que no haya más que un solo redil y un solo Pastor, el buen Jesús, fruto bendito de vuestro vientre. Amén.

DÍA PRIMERO

Montserrat, trono de María. – María, trono de Dios. Nosotros, trono de María y de Dios.

Punto 1,º Montserrat, Trono de María.

Viajando por los aires, hijo mío, desde Efeso (Asia) a España llevada por manos de Ángeles, para tomar posesión de nuestra patria, fijando mi planta inmaculada en Zaragoza y entregando mi efigie y pilar al glorioso Apóstol Santiago que estaba orando con sus discípulos en la orilla del Ebro, en Zaragoza, divisé la singular, rarísima y única montaña del globo terráqueo denominada antiguamente Mons Ceils, Gis Taus, y finalmente Montserrat, y prendada de su belleza y rareza sin igual, quise escogerla para mi trono de gloria para mi paraíso en la tierra.

Mas como debía subirme a los cielos en cuerpo y alma y no pudiera ocupar dicho trono con mi presencia corporal, quise y dispuse que mi siervo y secretario san Lucas, diestro

en el arte de pintura y escultura, hiciese una copia viva, una agraciada imagen en madera con mi Hijito Jesús, para que en mi representación ocupase hasta la fin de los siglos el trono de mi gloria que yo mismo me había elegido entre todos los montes del orbe.

Y así se hizo: Y los Apóstoles trajeron desde Jerusalén a España (Barcelona) tan agraciada imagen, y allí se le dio culto, en los primeros siglos, en la iglesia de san Justo hasta que escondida en la cueva del Montserrat por librarla de los insultos de los moros, volvió a brillar en 880 sobre este monte, sin que desde entonces su claridad se eclipsara, sin que dejara su trono de Montserrat, ni lo dejará hasta la consumación de los siglos. Mil años de paso que mi imagen ocupa mi trono de Montserrat.

Bien estoy aquí yo que soy Reina de cielos y tierra y Señora de los mundos, en mi trono de Montserrat. Desde allí, en el corazón de Cataluña, vigilo mi patrimonio y mi reino, que es España, y recibo homenaje de todas las generaciones y de todos los siglos.

A la manera que se coloca sobre el trono de los reyes donde ellos no están, una efigie, un cuadro que los represente en los días de sus solemnidades, y allí reciben en su imagen los homenajes que reciben personalmente en la corte, así, hijo mío, recibo de mis hijos en este monte, en mi incomparable imagen, los homenajes que recibo en persona en los cielos por los Ángeles y bienaventurados.

¡Felices los que se acercan a este trono! ¡Más felices los que forman su corte día y noche, y son sus predilectos vasallos, sus servidores más íntimos! ¡Oh, cómo se verán llenos de las gracias de esta Reina de la gloria!

Punto 2.º *María, Trono de las gracias de Dios.*

El Profeta Isaías nos exhorta a que nos acerquemos al trono de la gracia cum fiducia, con confianza. Las gracias de Dios debían descansar sobre un trono antes de derramarse sobre la tierra y sobre los hombres, y nadie mejor que yo pudo hacerlo, hijo mío, porque descansó en mí el que me crió, como en su tabernáculo. Dios. Autor de toda pureza y santidad, no podía descansar sobre la tierra, porque toda estaba manchada por el pecado. Sólo mi alma u mi cuerpo, hijo mío, fueron el punto inmaculado donde el Señor pudo descansar y hallar sus delicias, porque los otros corazones éranle lugar de tormentos. Para contener la suma pureza y santidad increada, claro aparece que sólo era digna y podía hacerlo la criatura más pura, cual soy yo, María, sola inmaculada, sola primogénita.

Además, debía ser bastante fuerte para sostener con gloria todo el peso de un Dios, de una Magestad infinita, y evidente es que sólo María, fortaleza de Dios, sin las debilidades y flaquezas y miserias de las otras mujeres, podía ser elegida para sostenerle.

En mis entrañas virginales el Verbo de Dios tomó carne; en mi seno llevé yo encerrado al Verbo de Dios nueve meses; yo le sustenté con mi leche, yo le llevé en mis brazos, yo le sostuve más tarde en su trono de la divinidad y humanidad, matando todas las herejías del universo mundo que querían derribarle de su trono de la fe de Dios, es quién le ha sostenido en este lugar. Por esto me gozo en Él, porque yo sola he destruido, he dado muerte a todas las herejías y a sus tiros y asaltos, que querían derrocar de su trono al Hijo de Dios e Hijo mío, pues habitó nueve meses en el trono de mi seno, y toda mi vida en mi corazón y en mi alma por la fe, la esperanza y el amor. Acércate, pues, con confianza, hijo mío, al trono de mi misericordia. No temas; soy tu Madre, y Madre que te ama con sumo y constante amor. Mira, hijo mío, que tanta gloria no se me ha dado sino para poder favorecer mejor a mis hijos, hijos de Dios e hijos míos de mi alma, hijos míos de mi corazón.

¿Qué temes, pues, hijo mío? ¿Acaso tus pecados, los remordimientos de tu conciencia, los enredos de tus pasiones? Pues acércate con confianza, que aquí estoy en este

trono de gracia para ayudarte, para salvarte. Acércate, hijo mío, contéplame en mi agraciada imagen..., mírame y tórneme a mirar...: ¿no sientes renacer en tu pecho la esperanza, la calma, el perdón? Soy tu Madre y Madre misericordiosa, ¡qué temes! Invócame con confianza y recobrarás la paz perdida, el perdón que deseas. ¡Cuántos millares de almas han recobrado la paz y la gracia en este santo templo de mi hermosa imagen!

¿No ves? Si mi imagen de Montserrat así cautiva los corazones, así habla a las almas perturbadas y les inspira la confianza y el amor, ¿qué no haré yo desde el cielo, que al fin y al cabo, por bella que sea mi imagen, es sólo una añagaza de Dios? Invócame, dime: Mostrad que sois mi madre, oh María, rogad por mí ahora, sí, ahora, para que mi corazón confiese sus pecados y se convierta y viva, y en la hora de mi muerte, para que se salve y vaya a cantar en vuestra compañía eternamente las misericordias del Señor. Amén.

Punto 3.º *Nosotros trono de María y de Dios*

Quien está en gracia es trono de Dios. A él vendremos y en él permaneceremos, dice el Señor; y si su trono es la tierra, el escabel de sus pies, claro está que mejor lo es el alma que le ama; porque allí el Señor halla todas sus complacencias y hace ostentación de sus riquezas infinitas.

De ser el alma trono de Dios le viene un señorío sobre sí misma y sobre todas las cosas de la tierra, dice la seráfica virgen Teresa de Jesús; que bien se conoce es dado por aquel Señor que todo lo puede, y es Señor de todos los elementos y a cuyo nombre doblan la rodilla los cielos, la tierra y los infiernos.

María, como trono de Dios, se complace en echar sus raíces en sus elegidos, porque los halla firmes en el bien, tierra firme y apta para sostener y hacer germinar el peso de sus gracias.

Mas ¡ay!, el alma en pecado es trono del demonio. Allí manda como tirano despótico, la oprime, la esclaviza, la degrada, la hace miserable. Jesús se retira, porque no puede tener su trono donde lo tiene su capital enemigo. María llora tanta desdicha. Los ángeles de paz lloran al ver tanto descomedimiento, esto es, arrojado a un Dios, de su legítimo trono; y todas las criaturas gimen este insulto a su Criador y querrían vengarle si Dios les diese permiso.

¡Oh devoto de María! ¿Es tu corazón trono de María o del demonio? ¿Es trono de Dios o de Lucifer? ¿Te miran con amor o con dolor los Ángeles de paz? ¿Amas a Dios sobre todas las cosas, o amas algo tanto o más que a Dios? ¡Oh!, en este caso último, llora, llora día y noche tu inmensa desgracia a los pies de María. Arroja por una buena confesión al demonio y al pecado del trono de tu corazón, y volverá a tomar posesión de él el buen Jesús que lo crió y redimió con su sangre. Da este gozo a tu buena Madre María. Confiésate, sí, confiésate, hijo mío, y consueta con esto a la Madre de tu corazón. Así será provechosa tu visita a Montserrat, y volverás con paz a tu casa; porque tu corazón recobrará la gracia perdida y volverá a ser trono de Dios y mío. ¡Oh hijo mío!, dame este consuelo: soy tu buena Madre que con tantos dolores te he dado a luz en el Monte Calvario, y a una buena Madre adolorida nada se le niega... Confiésate, pues, y pide perdón.

¡Oh María, Madre mía de mi alma, Madre mía de mi corazón! Yo quiero arrojar al demonio y al pecado de mi alma; yo quiero hacer una buena confesión. Yo quiero entronizar otra vez y para siempre en mi corazón a tu Hijo Jesús, y no quiero otro Rey, otro Señor y Dios más que a Él. No quiero dejar este santo monte de Montserrat, trono de gracia y de tu gloria, sin hacer una buena confesión, sin darte este consuelo. Por eso mi grito desde ahora será: Viva Jesús, muera el pecado. Viva Jesús para siempre por amor y gracia en mi corazón. Amén.

Obsequios

Confiesa y comulga con intención de ganar indulgencia plenaria; besa la mano de la agraciada imagen de María, visita los alrededores del Monasterio y asiste al Oficio divino por la mañana, y al santísimo Rosario por la tarde.

Gracia

por

María

Un pintor de Cervera, llamado Maese Andrés, fue llamado por el Prelado de Montserrat para renovar los colores de la Santa Imagen, que por su antigüedad le pareció lo necesitaba; pero al poner el pincel en la espalda, quedó ciego. Sin embargo, no perdió la fe, y después de tres meses de oración del interesado, de los monjes y peregrinos, recobró la vista al cantarse un día: profer lumen coecis.

Pídase con confianza las gracias que se deseen alcanzar por la intercesión de la Virgen María de Montserrat

Oración final para todos los días

Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!, que jamás se oyó decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestra asistencia y reclamado vuestro socorro, haya sido abandonado de Vos. Animado con esta confianza a Vos también acudo, ¡oh Virgen, Madre de las vírgenes!, y gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a parecer ante vuestra presencia soberana, ¡Oh Madre de Dios!, no desatendáis mis súplicas, antes bien escuchadlas favorablemente y acogedlas con piedad. Amén. Récese tres Avemarías y la Salve Jesús, José, Teresa y María, yo os doy el corazón y el alma mía. Jesús, José, Teresa y María, recibid cuando yo muera el alma mía. Jesús, José, Teresa y María, guardadme ahora y siempre en vuestra compañía. Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y san José y santa Teresa de Jesús, ahora y siempre. Amén.

DÍA SEGUNDO

Dígase la oración preparatoria

Montserrat, paraíso de María. – María, paraíso de Dios. Nosotros, paraíso de María y de Dios.

Punto 1.º Montserrat paraíso de María.

Escogido Montserrat como mi montaña predilecta, quise, hijo mío, hacerlo mi paraíso. Sus aguas puras, frescas y cristalinas; sus fauna y flora variadas y riquísimas por la multitud de sus propiedades y belleza de sus producciones; su vegetación espléndida y perpetua; sus valles mineros repuestos y veneros de mil bienes llenos; sus avejillas que con el ruiseñor le dan vida y alegría con sus trinos y cantos no interrumpidos; las rocas duras numilíticas que en sus rendijas, así las abren, florece la vegetación; la soledad y apacibilidad del lugar sano y purísimo y la salubridad de sus aires..., todo, todo: los cielos y la tierra se han esmerado en prodigar en mi nombre lo más rico de sus galas.

Hasta los arbustos y flores cubren con avidez caritativa la desnudez un tanto sombría de los peñascos, rocas y breñas peladas que tanto abundan en mi jardín, para ataviarlos y no discordar, y poderse presentar decentemente vestidos en este concierto admirable ante mis ojos.

Pero mi paraíso más ameno es el que no se ve, es el interior, esto es, las almas buenas de mis hijos y de mis pajes que dan vida sobrenatural y esta admirable montaña y la hacen objeto especial de mis complacencias. Es verdad que una mano sacrílega arrancó las ermitas, perlas de las más preciosas de la corona de mi paraíso, donde hacían vida celestial tantas almas; pero aún me quedan los hijos de Benito que moran en mi casa, rodeados de la corona de mis niños que me hacen gratísimo este lugar. Mis emisiones son paraíso, hijo mío, y

entre todas las emisiones ninguna o pocas hay que se igualen a la de mi Montserrat. Ven, hijo mío, a recrearte conmigo en este paraíso. Deja el bullicio del mundo y deléitate en la multitud de paz, en la abundancia y riqueza celestial de los perfumes de mi paraíso. Huye, calla, descansa, reposa, refuerza tu espíritu en este paraíso celestial de Montserrat. Óyeme.

Punto 2.º *María , paraíso de Dios.*

Tres paraísos ha creado Dios, hijo mío; uno para el hombre en estado de inocencia, otro para el hombre en estado de gracia y gloria, y otro para sí. El primero se llama paraíso terrestre, el segundo paraíso del cielo, y el tercero soy yo, hijo mío, paraíso de Dios. Contempla, hijo mío, y pondera cuánto se esmeró el Señor en enriquecer el paraíso de los esclavos, al que llama paraíso de deleites, y por aquí podrás barruntar la excelencia de mi alma, paraíso del Rey de la gloria. Todo lo más puro, santo y perfecto que atesoran los cielos y la tierra está en mí: más aún, de mí sacó copia el Criador al repartir estos joyeles y galas a sus esclavos . Mira, hijo mío, t admira la belleza del hermoso cielo en noche serena, de esplendentes astros tachonados; mira y admira el día apacible y limpio de toda nubecilla, iluminado con derroches de luz por el rey de los astros, el sol; mira y admira la tierra alfombrada de sus más ricas galas y con el séquito de flores, de perfumes, de brisas y de frutos, de trinos y de cantos los más variados y exquisitos..., y reconoce que todo esto no es más que el marco negro y sombrío que Dios ha puesto a mi alrededor para hacer resaltar y destacar más y más la belleza de mi alma y de mi cuerpo, paraíso de Dios.

Trasládate al paraíso de las almas. ¿No ves cuántas gracias y dones adornan al Ángel y al hombre, al celeste y al mortal, a todos los justos y santos que ha habido, y hay hoy, y puede haber hasta la consumación de los siglos? Pues todo esto no es más que destellos de mis fulgores, gota de mis mares de gracias, riachuelo de mis inmensidades de gloria, fugitiva y pálida sombra o reflejo de mis perfecciones incomprensibles. De mi plenitud todos han recibido: el ángel, alegría y gloria; el justo gracia; el pecador, perdón. No te maravilles, pues, hijo mío, que diga al Señor, a pesar de tener tantas almas escogidas, que una sola es su única, su paloma, su inmaculada, su esposa, su paraíso, y que el Altísimo descanse en mí como en su paraíso, como en su tabernáculo.

Todo en ti lo hallamos, oh Madre, verdaderamente: Dios, el Ángel, el hombre y la creación, y en ti quiso el Eterno hacer gallarda ostentación de su poder, de su amor, de su magnificencia, de sus gracias y de sus glorias. ¡Bendito seas, paraíso de mi alma, oh María; bendito seas una y mil veces, paraíso de Dios! ¿Cómo no amarte?

Punto 3.º *Nosotros, Paraíso de María y de Dios.*

Paraíso de delicias de Dios es el alma en gracia, y no hay cosa más amada y más preciada de Dios en toda la creación. Más deleita a Dios y contento da a María un grado de gracia en las almas que todas las grandezas y magnificencias de la creación. Ni el cielo tachonado de esplendentes astros, ni la Elmar con sus embravecidas ondas, ni los ríos con sus cristalinas corrientes, ni la tierra con todos sus tesoros y riquezas pueden parangonarse con la mínima gracia que hermosea a las almas unidas a Dios. La creación glorifica a Dios necesariamente en el orden natural; mas el hombre le glorifica libremente y en el orden sobrenatural; mas el hombre le glorifica libremente y en el orden sobrenatural; y claro es y aparece que cuando dista el cielo de la tierra, dista el espíritu de la materia, lo necesario de lo libre, lo que nos hace partícipes de la naturaleza divina, lo que nos hace partícipes de la creada o material. Mis delicias, dice el Señor, son estar con los hijos de los hombres: y por eso llama al alma del justo su reino, su asiento, su gozo, su paraíso; porque entre todas las criaturas que vio el Señor y alabó como buenas es la corona de todas y a todas ellas excede el hombre, rey de la creación. Por nosotros los hombres, y por nuestra salud y para comprarnos y rescatarnos de la servidumbre del demonio, descendió de los cielos el Señor, se encarno en el seno de la Virgen María, padeció, fue crucificado y sepultado, resucitó y subió a los cielos, y está sentado a la

diestra del Padre siempre vivo e interpellando por nosotros. ¡Oh!, verdaderamente codició el rey de los cielos la hermosura del alma cristiana hecha a su imagen y semejanza, y parece no era feliz en su reino si no tenía las llaves de este paraíso, y sesteaba, y paseaba, y se recreaba en él como su dueño, sin que tuviese rival que le disputara esta gloria. Y María, primogénita de Dios, dio gustosa la vida de su Hijo Único e Hijo de Dios para que con su sangre fertilizase este jardín, regase este paraíso y fuese lugar ameno del Dios de la gloria, su Hijo dulcísimo.

El amor a este paraíso abrió en el cuerpo del Hijo de Dios e Hijo de María cinco llagas que son otras cinco fuentes o cinco ríos de gracias, que fertilizan este paraíso de Dios, que son las almas, mejor que aquellos cuatro ríos el paraíso terrenal. ¡Oh María! ¿Soy yo paraíso de delicias para vuestro Hijo y Vos, o erial espinoso que os punza y lastima vuestro maternal corazón?... Yo se que de la tierra malditas de mi corazón no puede brotar otra cosa que punzas y espinas, abrojos y malas hierbas. ¡Somos tan malos por el pecado! Pero también sé, oh gran Reina, que si queréis, podéis arrancar la maleza de mis pasiones y hacer brotar en mi alma la belleza de las virtudes. Miradme con compasión: soy vuestro hijo, aunque pecador y miserable; y Vos sois mi Madre, y esto basta. Pues Madre eres..., basta para contigo ver mi desamparo, mis miserias y mi perdición. Sea mi alma, oh gran Señora, lugar de delicias para Vos y vuestro Hijo Jesús por el arrepentimiento y perdón, ahora y siempre. Amén.

Obsequios

Visita la Santa Cueva y reza en ella la *Coronilla de las doce estrellas*. Repite la *Compasión con María*.

Gracia

por

María

El Vizconde de Cardona, D. Ramón Folch, enojado de lo mal de lo mal que hablaba de él un tal Segalés, vasallo suyo, le mandó cortar la lengua; pero Segalés se encomendó muy de veras a Nuestra Señora de Montserrat, y esta Señora se la hizo crecer de nuevo y que pudiese hablar perfectamente.

Pídanse con confianza las gracias que se deseen alcanzar por la intercesión de la Virgen de Montserrat. Récese la oración final.

DÍA TERCERO

Dígase la oración preparatoria.

Montserrat, gloria de María. – María, gloria de Dios Nosotros, gloria de María y de Dios.

Punto. 1.º Montserrat, Gloria de María.

Desde que brillaron en este Monte luces esplendorosas allá por los años 880 hasta nuestros días, va apareciendo, ha más de mil años, este monte santo despidiendo gloria de María.

Sentada esta Reina de la creación de Montserrat, como en un solio de gloria, la ha hecho brillar por todo el mundo, por todas las generaciones de un modo esplendente en tal grado, que no se hallará otro igual o que resplandezca con tanta gloria.

Sus fundamentos están sobre todos los otros montes santos y santificados por María. Sus picachos raros y caprichosos son un himno al Criador. Parece ser que se ha colocado al centro de Cataluña, aislado de todo otro monte, para no mendigar el apoyo de nadie y brillar con su propio brillo asaz glorioso, entre los encumbrados Pirineos cubiertos de nieves perpetuas, y con mayor gloria que el Montseny y el Munt. Se le ha dado la gloria del Líbano, el decoro del Carmelo y del Sarón, y entre todos los montes del Orbe, así como no hay ninguno que tenga una imagen tan agradecida y notable de María, así tampoco hay otro que tenga la gloria de Montserrat. Es único, como es única la Moreneta; brilla y descuella y se

distingue entre todos sus picos raros que son otros tantos timbres de gloria, donde cantan día y noche las glorias de María los ángeles del cielo y los niños y los monjes de la tierra. La gloria de sus milagros, la gloria de sus hijos ilustres, la gloria de su nombre ha brillado y brilla entre todas las generaciones del Orbe: y sobre todo, la gloria que le da la imagen de María con el esplendor de sus gracias, eclipsa el sol, y pálidos aparecen a su lado todos los que se glorían en sus grandezas prestadas de otro nombre y de otro título de esplendor.

Punto 2.º *María, Gloria de Dios.*

Así como hay criatura que refleje las perfecciones de Dios con tanta perfección como María, tampoco hay otra que refleje mejor la gloria de Dios. En todas las otras criaturas se hallan lunares o sombras que deslustran o eclipsan la gloria del Criador; pero en María todo es pureza, todo santidad, todo, por consiguiente, gloria de su Criador. Toda pura, siempre inmaculada, jamás esclava del pecado, es María como un espejo terso y purísimo que refleja cumplidamente toda la gloria de Dios. El mundo, según frase del melifluido Doctor de la Iglesia san Bernardo, devotísimo de María, se hizo todo por María; y si los siglos cantan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la grandeza de su obra, es porque de María tomó la gloria, los encantos, las bellezas, la perfección.

De la gloria, de la plenitud de la gloria de María, todos hemos recibido algo; y así, no sólo en el orden natural, según san Bernardo, sino en el orden sobrenatural, también ha querido el Señor lo recibiésemos todo por manos de. Las glorias de los justos en la tierra, las coronas de sus glorias en el cielo, gloria de María son. Si la gloria esencial de Dios, su Hijo unigénito Jesucristo, ha querido el Eterno Padre que brillase en la tierra por medio de María, ¿qué mucho que brillen también todos los destellos, reflejos, participaciones, o emanaciones de su gloria también por medio de María?

Gloria, gloria a María Madre de Dios, Reina de los cielos, sola Virgen Madre, sola la perfecta, sola inmaculada, sola predilecta, sola digna glorificadora de Dios.

Punto 3.º *Nosotros, Gloria de María y de Dios.*

El alma que está en gracia refleja la gloria de Dios en toda su pureza. Y María es como acueducto de las divinas gracias, es quien nos las comunica de la fuente de todas ellas Cristo Jesús. San Pablo pudo decir de sus fieles hijos que eran su gozo y su corona, y con más motivo lo puede decir María de todos sus devotos. La gloria de Dios se manifiesta en el brillo de sus atributos, y en el alma del justo hay esta manifestación amorosa de los atributos de Dios. Así como quien se arrima a la rosa, cobra algo de su fragancia y olor, así el alma unida con Dios, aparece su virtud divina que le glorifica.

Sólo a Dios es debido el honor u la gloria; pero Dios se complace en derramarla sobre sus siervos para que le glorifiquen después de glorificarlos con los fulgores de su gracia.

Mi gloria no la daré a otro, dice el Señor; mas el justo es excepción, porque le glorifica y no se apropia la gloria para sí. No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria, dice el justo en todos sus actos, y con esto es glorificado el Señor de toda honra y gloria, que se complace en ser admirable en sus Santos. El alma del justo, según visión de Santa Teresa, es como un globo de cristal que resplandece con inmensos fulgores de gloria, gloria que no es suya, sino que se la comunica el verdadero Sol de Justicia que está en el centro iluminándola y hermoseándola; pues de sí propia es tierra, tinieblas, muerte.

Esto lo vio la misma Santa, porque al apagarse o retirarse este Sol, quedó oscura y hedionda, según su condición, y todas las sabandijas y malas bestias volvieron a entrar en ella como en su propia casa. ¡Oh, lo que es un alma en gracia! ¡Cuán hermosa, cuán resplandeciente, cuán gloriosa! Mas ¡ay! Al retirarse la gracia por el pecado, queda fea, negra,

ignominiosa, sentada en las tinieblas y sombras de la muerte. ¡Oh, alma mía!, esto hiciste cuantas veces pecaste gravemente. Pecando perdiste la hermosura de hija de Dios, no reflejaste los resplandores de su gloria, y el demonio, negrillo asqueroso y espantable, émulo de la gloria de Dios, arrojó su baba inmunda, extendió sus alas de espíritu de tinieblas, y se convirtió en un tizón apto para arder en las llamas del infierno.

Da gloria a Dios en todos sus actos, hijo mío, obrando en gracia y con rectitud de intención, y el Señor se complacerá en tus obras y serás glorioso delante de Dios y de los hombres. Mas si pecas, serás innoble e ignominioso, y a la ignominia temporal del pecado se seguirá el castigo eterno de Dios en los antros tenebrosos del infierno. Glorifica a Dios con tus obras, a María con tus alabanzas filiales, y serás glorificado eternamente por Dios en los resplandores de su gloria eterna.

Obsequios

Ayuna o prívate de lo que más te guste en la comida por amor de María. Visita la ermita de san Miguel y reza la coronilla de desagravios al Corazón de Jesús y el Trisagio Mariano.

Gracias

por

María

En 1312 un afligido padre de familia trajo a esta casa de María de Montserrat a un no menos pobre hijo suyo que a un mismo tiempo que estaba loco, era paralítico, sordo y mudo. Tres noches continuas estuvo orando el padre, y pidiendo las oraciones de los demás devotos, y al cabo de ellas tuvo el gran consuelo de volver al seno de su familia con el hijo enteramente curado de las cuatro enfermedades.

Hace pocos años, una Hija de María y Teresa de Jesús que subía a pie el monte santo para visitar a la Virgen, se dislocó el pie con tan mala suerte que con grandes trabajos y ayuda pudo llegar al Monasterio afligida por no poder visitar a la Virgen, hizo un esfuerzo extraordinario para ir al templo, y la Virgen se lo recompensó de manera que se volvió a casa sin el dolor y pudo bajar a pie la montaña al tercer día, sin que notase más el dolor sin hacerse ningún remedio.

Pídanse con confianza las gracias que se deseen alcanzar por intercesión de la Virgen María de Montserrat. Dígase la oración final.

Oración

final

para

el

último

día

Gracias infinitas os doy, Madre mía queridísima, por haberme traído a este monte santo. Trono de vuestras gracias y de vuestra gloria y Paraíso de vuestras delicias, para hablarme al corazón en estos tres días de felicidad, y serenar mi ánimo y devolverme la paz perdida. Gracias infinitas os doy por haberme facilitado el subir a esta Montaña santa, símbolo de vuestra grandeza, reflejo de vuestra hermosura y emblema de vuestra fecunda virginidad. Vos, oh María, siempre, pero más en estos tres días, habéis sido para mi alma vida, duzura y esperanza, luz, consuelo, salud y paz. Una vez más, Madre mía de mi alma, habéis probado en mí que jamás se ha oído decir que ni uno sólo de los que han acudido a vuestra protección e implorado vuestro socorro haya sido desatendido en sus justos clamores. Os doy gracias muy rendidas por tanta bondad y misericordia, y en compensación de ellas, yo os consagro mi alma con todas sus potencias, mi cuerpo con todos sus sentidos: todo cuanto tengo y valgo os lo ofrezco; guardadme, pues, oh María, como cosa y posesión vuestra, y no piense sino en Vos, ni hable sino de Vos, ni pretenda sino hallaros a Vos con Jesús, fruto bendito de vuestro vientre, ahora y en la hora de mi muerte. Amén. Oración de despedida a María de Montserrat. Vengo a daros el último adiós, oh María, Madre mía de mi alma, Madre mía de mi corazón